

La Paz. Los conflictos y guerras actuales. ¿Albores de una tercera guerra mundial?

III Encuentro Internacional Oswaldo Payá

Josep A. Duran i Lleida*

Señoras y señores, apreciados amigos y amigas,

Permítanme iniciar mis palabras agradeciendo a todos ustedes su asistencia y, obviamente, agradeciendo también a la organización de este III Encuentro Internacional Oswaldo Payá su amable invitación a intervenir en este acto.

Ciertamente, vivimos en una época plagada de conflictos, de sinrazón y de amenazas, en la que nada permite vislumbrar una evolución favorable y automática hacia la paz y la concordia. En la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad europea creía con euforia que el progreso social y humano era imparable gracias a la ciencia, a la educación y a los avances industriales. Bajo esa marea positivista, parecía que el progreso sería capaz de solucionar todos los problemas y todos los conflictos. La Primera Guerra Mundial se encargó de destruir cualquier rescaldo de positivismo y la Segunda Guerra Mundial, con sus inconcebibles horrores, demostró la certeza de la conocida afirmación de Voltaire según la cual "la civilización no suprime la barbarie, sólo la perfecciona".

También nosotros cometemos errores: si miramos sólo veinticinco años atrás, con la caída del Muro de Berlín, el hundimiento de los sistemas soviéticos y el fin de la Guerra Fría, también creímos asistir a una nueva época, en la que parecía que la humanidad estaba llamada a progresar en un plácido escenario de paz y de distensión. Como todo espejismo, su brevedad resultó extrema y pronto todas aquellas ilusiones se vieron truncadas por dos aviones estrellándose a conciencia contra las Torres Gemelas de Nueva York.

*Abogado Internacionalista. Diplomado en Comunidades Europeas por la Escuela Diplomática de Madrid, Ex-Diputado Nacional Español, Ex-EuroDiputado. Ex-Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso. Ex-Presidente UNIO de Cataluña.

A partir de aquí, los conflictos se han generalizado pero de una manera sustancialmente distinta a como podríamos imaginarlos tras dos guerras mundiales y las tensiones de la Guerra Fría. Hoy nos preocupan guerras y conflictos que no se parecen en nada a los del siglo XX, en los que ni siquiera resultan claros los bandos en conflicto. En nuestros días, las guerras no se libran exclusivamente entre estados, y los nuevos conflictos surgen en buena medida a partir de bandas terroristas, de luchas étnicas, de conflictos nacionales o se deben a los más oscuros y diversos motivos, en muchas ocasiones apoyados subrepticamente y sin publicidad alguna por estados o grupos económicos.

Por ejemplo, basta ojear cualquier noticiario o la prensa escrita para hallar de manera constante referencias a la guerra civil siria, al terrorismo de Estado Islámico, a Boko Haram en Nigeria o al conflicto desatado en Ucrania. Son sólo algunos de los muchos conflictos existentes, posiblemente los que más aparezcan en los medios de comunicación, pero por desgracia sólo constituyen una muestra entre muchas otras situaciones de guerra, de enfrentamiento y de represión que a menudo, por lejanas y por falta de cobertura informativa, apenas reciben la menor atención mediática.

Muchos de estos conflictos del siglo XXI, que se desarrollan con armamento de alta tecnología, recuerdan, paradójicamente, a situaciones propias de la Edad Media o de tiempos pretéritos anteriores a los anales de nuestra historia. Asistimos a conflictos liderados por terroristas y por caudillos visionarios, con combatientes fanáticos o mercenarios, cuya primera víctima es siempre la población civil. Muchas de estos conflictos, justificados mediante los más estrafalarios argumentos, persiguen como única finalidad la conquista del poder, el control de masas humanas y la apropiación de recursos naturales. Y en todos los frentes, en todos los conflictos que aparecen en nuestros periódicos, sea en Siria, en Afganistán, en Nigeria o en el Sudán, quien sufre las consecuencias siempre es la población civil.

Podríamos creer que muchos de estos conflictos resultan ajenos al mundo occidental y a los países que todos consideramos mínimamente civilizados según nuestros estándares, pero no

debemos olvidar que en menos de un año, en la vieja Europa, han fallecido más de cuatro mil personas en los enfrentamientos entre los rebeldes prorusos y las tropas ucranianas. Como afirmaba la periodista y especialista en conflictos, Loretta Napoleoni, “nos encontramos con unas guerras premodernas en la era tecnológica, un binomio letal que multiplica por cien los riesgos para la población civil. El ejemplo más claro es el derribo “por error” de un avión de la compañía Air Malaysia cuando sobrevolaba el este de Ucrania a 10.000 metros de altitud”.

Todos estos hechos y muchos otros que acaparan los titulares de prensa –como por ejemplo, la toma de rehenes en Australia por parte de un clérigo musulmán que invocaba las siglas de Estado Islámico, o la masacre talibán que acabó a mediados de diciembre con la vida de 148 personas, la mayoría niños, en una escuela en Peshawar, en Pakistán— nos han situado en escenarios de conflicto absolutamente distintos a aquellos de cien años atrás. Hoy en día, ya no existen campos de batalla en que puedan enfrentarse dos ejércitos regulares; ya no existen trincheras, ni bunkers de vigilancia, ni zonas resguardadas por convenio entre los contendientes. Tampoco existen, como es obvio, normas internacionales que regulen el desarrollo de estas nuevas formas de guerra ni las medidas humanitarias que puedan aplicarse. Si atendemos a los grandes conflictos de nuestros días, hablamos de crímenes de guerra, de ejecuciones en masa, de decapitaciones filmadas con las técnicas más avanzadas, cual ficción cinematográfica, y que exhiben urbi et orbi el palpito del horror de las víctimas y la sinrazón de los ejecutores. Hablamos de genocidios, de limpiezas étnicas y religiosas. Y hablamos también, como señalaba antes, de unos conflictos que ya no se desarrollan sólo en sociedades alejadas culturalmente de nuestros cómodos hogares occidentales, sino que el fundamentalismo o el terrorismo pueden ser llevados a nuestras casas, a nuestras zonas de ocio o a nuestros puestos de trabajo con una facilidad incontrolable y en cualquier momento, cuando menos se espera.

Diversos autores, entre ellos Mary Kaldor, profesora en la London School of Economics autora de “Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global” han definido estas nuevas formas de guerra como conflictos internacionales o civiles, algunos de ellos de baja intensidad, en los que se mezclan conexiones internacionales y en los que resulta difícil distinguir entre lo interior y lo

exterior, la agresión y la represión, lo local y lo global, y en la que la primera víctima que se busca es la propia sociedad civil. Como afirma Mary Kaldor, la globalización ha comportado tres grandes modificaciones en la forma de desarrollar la guerra. Ahora, en nuestros días, a diferencia de antaño, se trata de afirmar la identidad, no el territorio, se utiliza la guerrilla o el terrorismo como táctica y la guerra se financia gracias a la delincuencia internacional. Con la globalización, la barbarie de los nuevos conflictos ha comportado que muchas personas y sociedades malvivan bajo unas condiciones de brutalidad y de anarquía no muy distintas a las descritas por Hobbes.

En este escenario urge más que nunca trabajar por la paz. De lo contrario, nos veremos abocados a esa "Tercera Guerra Mundial" a la que el Papa Francisco, en diversas ocasiones, ha aludido con fuerza, emoción y dramatismo.

En septiembre pasado, en la conmemoración del centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial, el Pontífice, en su homilía en el cementerio militar de Fogliano Redipuglia, no sólo recordó a los millones y millones de seres humanos caídos en dicha guerra, sino también a todos los damnificados en todos los conflictos bélicos habidos.

Como afirmó el Papa, "mientras Dios lleva adelante su creación y nosotros los hombres estamos llamados a colaborar en su obra, la guerra destruye. Destruye también lo más hermoso que Dios ha creado: el ser humano. La guerra trastorna todo, incluso la relación entre hermanos. La guerra es una locura; su programa de desarrollo es la destrucción: ¡crecer destruyendo!"

"Hoy –afirmaba el Papa-- tras el segundo fracaso de otra guerra mundial, quizás se puede hablar de una tercera guerra combatida «por partes», con crímenes, masacres, destrucciones...". "También hoy –añadía Francisco-- hay muchas víctimas... ¿Cómo es posible esto? Es posible porque también hoy, en la sombra, hay intereses, estrategias geopolíticas, codicia de dinero y de poder, y está la industria armamentista, que parece ser tan importante".

No era la primera vez, ni la última, en que el Obispo de Roma ha clamado por la paz y contra

la guerra. Tras su rezo del Ángelus en la plaza de San Pedro, el 27 de julio pasado, el Pontífice recordó otra vez la Primera Guerra Mundial, los millones de víctimas, las inmensas destrucciones que causó, y manifestó su deseo de que “no se repitan los errores del pasado, sino que se tengan presentes las lecciones de la historia, haciendo prevalecer siempre las razones de la paz mediante un diálogo paciente y valeroso”. Y en una breve referencia a algunos de los conflictos actuales, el Papa dirigió su pensamiento hacia tres zonas de crisis --la mediorienta, la iraquí y la ucraniana-- y acabó clamando “¡Jamás la guerra! ¡Jamás la guerra!”, pensando sobre todo “en los niños, a quienes se les quita la esperanza de una vida digna, de un futuro: niños muertos, niños heridos, niños mutilados, niños huérfanos, niños que tienen como juguetes residuos bélicos, niños que no saben sonreír. ¡Deteneos, por favor! Os lo pido --suplicaba el Papa-- con todo el corazón. ¡Es hora de detenerse! ¡Deteneos, por favor!”

No debe extrañarnos el desesperado grito del Papa. Por citar sólo algún ejemplo de las consecuencias de la actual conflictividad mundial, podemos recordar que a finales de 2013, según un informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), el número de desplazados y refugiados había superado la cifra alcanzada durante la Segunda Guerra Mundial. A finales de 2013, unos cincuenta millones de personas vivían alejadas de sus casas como consecuencia de los conflictos, la persecución y la violencia generalizada. Durante el mencionado año 2013, unos seis millones de personas se vieron obligadas a abandonar sus hogares para escapar de la violencia, fundamentalmente por causa del recrudecimiento de la guerra en Siria y por los conflictos en Sudán del Sur y en la República Centroafricana.

Según dicho informe, en el mundo hay ya más de treinta y tres millones de desplazados (personas que se quedan dentro de las fronteras de sus países) y casi diecisiete millones de refugiados (personas que se desplazan a otros Estados). De esos diecisiete millones contados a finales de 2013, casi dos millones y medio eran sirios, pero esa cifra ha aumentado vertiginosamente en los últimos meses y más aún tras la irrupción y crecimiento del Estado Islámico. Es paradójico, por ejemplo, que en los últimos seis años Siria ha pasado de ser uno de los países del mundo que más refugiados acogía a ser el segundo mayor productor.

El caso de Siria nos permite evidenciar una tragedia que se repite en el resto de los países que viven situaciones de violencia. Evidentemente, no es el único caso: de Afganistán han salido al menos dos millones y medio de personas en los últimos años. Y lo mismo sucede en Irak por causa de la ofensiva de los grupos yihadistas, que está provocando decenas de miles de desplazados.

Pero, como decía momentos antes, esta tercera guerra mundial no se libra sólo en escenarios tercermundistas o lo suficientemente alejados del primer mundo como para creernos cínicamente a salvo de cualquier contagio. No es así en absoluto, y la extensión del terrorismo es una de las características que diferencian con notoria claridad los conflictos de este tercer milenio respecto de las guerras que los distintos ejércitos libraban durante la Primera Guerra Mundial.

Desde entonces, la humanidad debería haber aprendido mucho, pero la paz sigue siendo un bien escaso o, como se ha dicho en alguna ocasión, no ha dejado de ser un breve, extraño y frágil episodio entre dos guerras. No hemos aprendido nada, por ejemplo, sobre la estupidez y la futilidad de la violencia. Tampoco nos hemos dado cuenta que una tercera guerra mundial, en esta era nuclear, significaría muy probablemente la extinción del género humano.

Aunque fuese sólo por egoísmo, deberíamos prestar más atención a los costes insportables que significan las guerras y los distintos conflictos existentes.

Como destacaba Steve Killelea, fundador del "Institute for Economics and Peace", la violencia conlleva un alto precio. Según sus estimaciones, el costo global de contenerla o de tratar sus consecuencias alcanzó en 2012 la suma de 9.5 billones de dólares, es decir, el 11% del PIB mundial de ese año. Una cifra astronómica que, según dicho autor, duplica el tamaño del sector agrícola mundial y supera el gasto total en ayuda exterior.

Debemos considerar también que cuando los gobiernos gastan cifras galácticas para contener la violencia, están impidiendo que tales recursos se destinen a otras áreas más productivas, como podrían ser las infraestructuras, la investigación o la educación.

Según el mismo Killelea, la cifra de 10 billones de dólares gastados en 2012 en el mundo para contener la violencia se acerca notablemente a los costos globales que ocasionó la reciente crisis financiera mundial, y que se estiman en unos 15 billones de dólares entre 2007 y 2011. Más aún, estos 15 billones únicamente representan la mitad del costo derivado por la violencia durante esos mismos cinco años. La conclusión es obvia: si los responsables del diseño de tales políticas dedicasen el mismo dinero y tiempo a prevenir y contener los conflictos, el beneficio, en términos de menos violencia y de crecimiento económico, podría ser formidable.

Es obvio que la reasignación de sólo algunos de esos recursos nos daría la oportunidad de solucionar muchos de los problemas subyacentes a la pobreza, el hambre, las migraciones forzadas y la degradación ambiental, que hoy en día suponen la causa principal de muchos de los conflictos que afectan la humanidad.

La evolución económica también está generando un elevado número de riesgos potenciales que afectan al bienestar general y que son la levadura que fermentará la masa de nuevos conflictos. La ralentización de la economía china, los vaivenes de la Reserva Federal, la crisis desatada en Rusia o la caída del precio del crudo, todo ello nos instala en un mundo globalizado, en la que el efecto mariposa de cualquier oscilación puede desencadenar tsunamis dantescos en cualquier otra parte del globo.

Pese a la reciente alegría cubana, existe también un enorme riesgo de que el conflicto en Ucrania provoque una segunda guerra fría. Para Rusia, una Ucrania independiente y cercana a la OTAN y a la Unión Europea es vista prácticamente como una agresión que recuerda los sufrimientos y desastres padecidos durante la Segunda Guerra Mundial. A su vez, Estados Unidos y la OTAN han aumentado también su respuesta belicosa hacia Rusia, lo que a su vez ha comportado asimismo la adopción de medidas provocadoras por parte de ésta y actuaciones extrañas de aviones y submarinos. En suma, asistimos a un creciente proceso de acción y reacción que, como advertía semanas atrás el analista William Roe Polk, ha incentivado el acercamiento entre Rusia y China, lo que podría provocar --pese a la crisis rusa-- un desplazamiento a gran escala del poder militar y

económico y que, a su vez, conllevaría el aumento de los presupuestos militares por parte de los países del Tratado Atlántico. Resulta paradójico que en estos momentos en que todas las partes deberíamos centrar nuestros esfuerzos en aumentar el bienestar de nuestras naciones y generar espacios de diálogo y de progreso general, vuelva a aparecer el fantasma de la guerra fría.

No todo es negativo y debemos congratularnos porque, a diferencia de 1914, hoy poseemos el derecho internacional. Cien años atrás, los países beligerantes no podían resolver sus diferencias en el Consejo de Seguridad ni en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En esa época aún resonaba la célebre frase de Carl von Clausewitz, según la cual la guerra es “la continuación de la política por otros medios”, una equivocación que comportó la muerte de decenas de millones de seres humanos en cada una de las dos guerras mundiales que padecimos durante el siglo pasado.

Muy al contrario, hoy en día la guerra, además de comportar un enorme peligro de caos y de extinción de la humanidad, no soluciona ningún problema político sino que conlleva tragedia, horror y degradación tanto física como moral, porque, como afirmó Kant en su libro “La paz perpetua”, la guerra también es mala porque hace más hombres malos que muertos. Sea como sea, la guerra es el fracaso de la política y de la diplomacia.

Dicho todo lo dicho, creo que no se puede ignorar otro tipo de guerra. Me refiero a la ciber guerra. Existe una tendencia a argumentar que la guerra del futuro no se librará entre poderosos ejércitos sino entre grupos relativamente reducidos de individuos. De ello he dejado constancia en mi exposición. Pero más allá de esta afirmación general, parece lógico pensar que en la nueva revolucionaria era de la información (era cibernética o era digital), las nuevas tecnologías hayan de considerarse como posibles armas contra el enemigo. Muchos países disponen de organismos -públicos o privados- encargados de implementar medidas de ciberseguridad, pero aún es demasiado pronto para saber su grado de eficacia. A pesar de años de debates y decisiones sobre la legislación internacional aplicable a la guerra cibernética, todavía no se ha llegado a una definición generalmente aceptada sobre los conceptos de ciber guerra y ciberataque.

Por otro lado, ni el espionaje ni el sabotaje cibernético equivalen a una guerra en toda regla. Y expertos de la escuela anti alarmista sostienen que es altamente imposible un ciberataque a gran escala, es decir, que no habría, según sus tesis, un Hiroshima cibernético. La visión apocalíptica de la ciberguerra sería, según ellos, una herejía sostenida con fines partidistas por espíritus ciegos y por medios y comunidades que vislumbran oportunidades en esta orientación. No obstante, sí creo oportuno añadir dos precisiones. La primera es que mientras las armas atómicas exigían grandes recursos y estaban o están controladas por los jefes de estado, las ciberarmas sólo requieren pocos recursos y no hay forma de limitar el control. Y segunda precisión: mientras en la época de la guerra fría había transparencia acerca de los arsenales nucleares y su capacidad devastadora, hoy en día no hay manera de medir el poder destructivo de las armas cibernéticas. Así pues, el uso de los arsenales del armamento nuclear estaba claramente definido; al contrario de lo que ocurre con las ciberarmas, que tienen características comunes pero no pueden definirse con claridad. En los conflictos convencionales prevalecía o prevalece el factor convencional sobre el cibernético; en cambio, los ciberataques aparecen como el mero rostro de la guerra, como unos ataques en paz.

Leon Panetta, director general de la CIA, advertía en el Congreso de los EEUU en el año 2011, que “el próximo Pearl Harbor” podía ser un ciberataque. Tras la aparición de Stuxnet -el gusano informático que dejó temporalmente fuera de control las centrifugadoras nucleares iraníes-, quedó claro que las armas cibernéticas también podían provocar daños. La cibernética no sustituye hoy a la guerra, aunque Obama todavía se pregunta si el ciberataque cometido el pasado verano contra JPMorgan Chase, pieza esencial del sistema financiero mundial, fue un intento de robo a gran escala detectado justo a tiempo o una acción de represalia de Putin, como algunos han señalado. Por no referirme a las recientes acusaciones a Corea del Norte en relación a los estudios de Sony Pictures.

Hoy, más de 27 países defienden sus capacidades y potencial de guerra cibernética, una guerra que puede enfrentar a naciones, fuerzas regulares o también a agentes no estatales. Como los hackers. Éste es el caso de The Jester, un ciberpatriota estadounidense que hackea sitios, países y

grupos de hacktivistas que son adversarios de EEUU. Estuvo cuatro años sirviendo en el ejército en Oriente Medio y, a su regreso a casa, quiso seguir ayudando en los esfuerzos de su país para acabar con el terrorismo y sus amenazas. En 2010 uno de los primeros objetivos fue un sitio yihadista. Tres años después desafiaba al ejército electrónico sirio. The Jester es un ejército formado por un solo hombre.

Voy acabando, recordando que desde el humanismo cristiano no podemos enfrentarnos a la guerra o al conflicto bajo la frialdad objetiva de los datos, las estadísticas y las cifras. Fallaríamos a nuestros más esenciales principios si no alzásemos nuestra voz, como el Papa Francisco, para clamar por la paz y contra la guerra. ¡No más guerras! La vida y la dignidad humanas son la base y la razón de todos nuestros actos. No podemos apartar la vista del conflicto ni relativizarlo como si fuésemos impotentes y no existiese atisbo alguno de esperanza. Fue el propio Mounier quien afirmó que “partimos por un camino en el que sabemos que jamás estaremos desocupados, jamás desesperados: nuestra obra está más allá del éxito, nuestra esperanza más allá de las esperanzas. Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio”.

Nuestro querido y recordado Oswaldo Payá lo sintetizó claramente apenas cuatro años atrás, en su mensaje al congreso de la ODCA de julio de 2010: “hoy la humanidad mira con angustia hacia un futuro donde parece que desaparecerán los cimientos de la naturaleza sobre los que hasta ahora vivimos. El peligro que vive la humanidad es inmenso, pero proclamemos la esperanza y trabajemos intensamente. El mundo no se hundirá, los pueblos no se aniquilarán porque los hombres y las mujeres construiremos la paz”.

Por ello es necesario que todas las naciones puedan avanzar hacia el progreso y el desarrollo, y más aún en un escenario globalizado, en el que ninguna sociedad puede subsistir ni progresar sin el concurso coadyuvante de las otras.

No se trata de una entelequia ni de proyectos irrealizables que sólo se sostienen sobre el papel pero que no soportan su contraste con una realidad siempre dura y compleja. El proceso de

integración europea constituye un excelente ejemplo de la capacidad de los seres humanos para poner fin a sus constantes luchas y avanzar por el camino de la paz. En 1950, la declaración de Robert Schuman supuso el inicio de una aventura dotada de enorme calado político en pro de la paz y de la concordia entre naciones acostumbradas a continuas guerras entre ellas.

Bajo el lema de “nunca más una guerra entre nosotros”, Francia y Alemania, junto con otros países, iniciaron un proyecto que Hannah Arendt supo resumir con sólo dos palabras: perdón y promesa. “Perdón”, porque esas dos sociedades, con tanto odio acumulado y tanta enemistad, se propusieron que triunfara el perdón por encima del rencor y la convivencia por encima de la venganza. Y “promesa”, porque aquel proyecto significaba ofrecer a los ciudadanos europeos y a las futuras generaciones la esperanza de una comunidad unida, sólida y democrática.

La sociedad internacional debe destinar todos los recursos posibles a la prevención y a la solución pacífica de los conflictos. No es una tarea fácil, y máxime cuando alguno de los conflictos actuales hunde sus raíces en décadas o siglos de incompreensión y, lo que es peor, se alimenta de la savia envenenada de la sinrazón y del fundamentalismo. Pero tampoco debemos perder la esperanza, porque la diplomacia de la paz es posible y para ello sólo debemos esforzarnos aún más en la difícil tarea de hallar y transitar por los caminos que conducen hacia una mayor fraternidad. Existen muchas amenazas que no se resolverán sólo porque manifestemos nuestra infinita voluntad de diálogo. El crimen organizado, el terrorismo, la corrupción, el narcotráfico, no desaparecerán por la simple expresión de nuestro buenismo. Pero no podemos perder la esperanza. Como se ha destacado en diversas ocasiones, una política exterior propia del humanismo cristiano ha de promover la democracia, los derechos humanos, el desarrollo integral y sostenible, el respeto al derecho internacional y la solución pacífica de las controversias.

Vivimos en un mundo mucho más complejo que el habitado por las generaciones anteriores. Los conflictos de nuestro tiempo, como he intentado explicar, son diversos, y no nos sirven las formas de resolverlos que podían existir cien años atrás. Hoy, pese a los avances científicos y a las tecnologías, ya sabemos que no podemos resolver todos los problemas, pero sí que nos es dado

trabajar para erradicar la pobreza, el hambre, las epidemias o las sequías, que crean tanto resentimiento y que son el germen de tantos conflictos.

Y acabo recordando una vez más que como humanistas, como demócratas, como cristianos, nuestro deber es mantener viva la esperanza y esforzarnos en hacerla real y tangible. Como ha dicho el Papa, no es la cultura de la confrontación, la cultura del conflicto, la que construye la convivencia en los pueblos y entre los pueblos, sino la cultura del encuentro y la cultura del diálogo, que son el único camino hacia la paz.

Muchas gracias por su atención.